

La escritura que cauteriza las heridas: *Martutene*, de Ramón Saizarbitoria

RAMÓN SAIZARBITORIA, *Martutene*, Erein Editorial, Donostia 2013, 1ª ed., 758 págs. ISBN 978-84-9746-742-1

Jorge Sanz Barajas

Los años que Ramón Saizarbitoria pasó sin escribir —entre *Ene Jesús* (1976) y *Los pasos incontables* (1995)— no fueron sino años de fermento para que llegaran en su sazón novelas extraordinarias como *La guerra perdida de los viejos soldados* (2000), *Guárdame bajo tierra* (2003) o *Martutene* (2013). El fundador de la editorial LUR y de la revista *Oh! Euskadi* es uno de esos viejos agitadores de la vida cultural vasca que nunca da nada por sabido ni por sentado. Saizarbitoria es, junto a Atxaga, uno de los escritores en euskera más conocidos en el panorama de hispanolectores, sobre todo porque sus novelas no dejan de remover las cenizas mientras otros tratan solo de encenderlas o, por el contrario, de apagarlas.

En las novelas de Saizarbitoria, los personajes conviven con un pasado lleno de heridas. *Martutene* plantea la historia de dos parejas donostiarras: Julia es traductora del euskera, Martín, escritor en la misma lengua; Pilar es neurocirujana y Abaitua, ginecólogo. Las dos parejas están planteándose si su pasado

es suficiente bagaje para un futuro común. De pronto aparecerá Lynn, una socióloga norteamericana que se alojará con los primeros, cuya visión extraña de la realidad trastocará todas las percepciones. Lynn es trasunto de una novela autobiográfica de Max Frisch, *Montauk*, que narra una experiencia similar a la de los personajes —de hecho, es una novela que están leyendo—: Frisch narra una relación amorosa a sus sesenta y tres años con una joven que hará de cicerone en uno de sus viajes a Estados Unidos, a la península de Montauk, cerca de Nueva York. Cuidado, porque la novela de Frisch no es una historia de amor sin más, sino el deseo de atrapar de manera indeleble un momento en el que el autor se cuestiona si su memoria es honesta y si podrá hablar de un asunto tan espinoso de manera natural y sincera. Los personajes de *Martutene* se plantean algo parecido.

Martutene es en definitiva *Montauk*; de hecho, la novela que Martín está escribiendo, *El hombre ante el espejo* es una historia similar a la de Max

Frisch, un autor al que todos leen. Narra la vida de Faustino Iturbe, un escritor que en realidad está viviendo lo mismo que Martín, Abaitua y Frisch: la soledad. Uno acaba por no saber quién narra a quién, y este juego rizomático es uno de los encantos metaliterarios más fascinantes de la literatura contemporánea.

El nacionalismo recorre con sus arterias y sus venas toda la novela. En muchos momentos es por completo incomprensible: Abaitua habla con un amigo en un urinario en una de las escenas, y reconoce que es más fácil divorciarse o dejar la iglesia que dejar de ser nacionalista, está harto de serlo pero no sabe cómo desgajarse. En otra brillante metáfora, durante una excursión a Burdeos en la que Lynn, Abaitua y su amigo Kepa se detienen frente a la escultura del homenaje: un ángel sostiene a un soldado caído con la espada quebrada, como la vida del propio Abaitua, sesentón desnortado, que no entiende que la aventura con Lynn es para ella algo más que para él. El trepidante ritmo de esta escena contrasta vivamente con la carga de melancolía que genera la imagen.

No podemos vivir sin pasado, porque tratar de destruirlo o vivir a sus espaldas supone condenarnos al silencio. La herramienta de la que se ha valido la novela de Saizarbitoria

es la memoria: condenados a recordar para poder olvidar después, somos incapaces de vivir impermeables al recuerdo: dejamos de ser nosotros mismos cuando rehuimos el tiempo que hemos sido y el espacio en que nos hemos configurado. La novela *Los pasos incontables* (1995) fue, según Jon Juaristi, su traductor al castellano, la novela de su generación. Recordar la memoria de Otaegi, uno de los fusilados en 1975, no es algo sencillo porque tras el gudari a quien muchos de los compañeros veían un héroe, hay un ser humano que va a morir y es consciente de ello: el drama de la soledad y la esterilidad del combate o la resistencia simbolizan el abandono en el que, en el fondo, murió Ángel Otaegui y sus compañeros. Frente a ese momento no hay consuelo ni ideario que alivie esa tragedia. Solo queda el silencio y la incomprensión. La misma que vive Carmen, amiga de Pilar e hija de una víctima del terrorismo: sus amigas nacionalistas no saben qué pueden o qué deben decirle, porque no hay palabras que expliquen o justifiquen el crimen de uno u otro lado: al final solo queda el aislamiento o la compañía de quienes han vivido lo mismo que tú, configurando un mundo polarizado, condenado a no encontrarse. Solo cabe una posibilidad: la memoria del dolor. Recordar el sufrimiento cauteriza las heridas, dijo recientemente Ricardo Menéndez Salmón.

Si no lo hacemos, estaremos condenados al silencio más escandaloso.

Pero el nacionalismo más irracional se alimenta del silencio y del ocultamiento. El hijo de Pilar, fruto de su primer matrimonio con un hombre que fue víctima de la actividad terrorista, sabe que su abuelo, el padre de Pilar, fue un viejo carlista tradicionalista, si bien desconoce que fue proclive al racismo y que estaba convencido de que Franco era un accidente con el que convenía colaborar para hacer viable el gran gesto de una Euskadi que tirara de España. Estamos ante otro trasunto complejo, el de los últimos días de un Sabino Arana que trató de burlar las condenas al nacionalismo fundado la Liga de los Vascos Españolistas, pero cuyo racismo salvaje no es plato de gusto para la cúpula del nacionalismo vasco. La semilla del nacionalismo tradicionalista esconde un germen racista que exuda aún por los silencios cómplices de quienes juegan con cartas bajo la mesa. Sin embargo, una de las enseñanzas del nuevo nacionalismo abertzale es el antirracismo, contradicción con la que la generación entre abuelos y nietos debe aprender a convivir. Pero ese hijo ya ha tomado partido, y está implicado en un asunto de tráfico de explosivos. Los contrastes en la novela son silenciosamente violentos: Pilar sabe que una de las amigas de la familia, pese a su

militancia radical, decide mandar a su vástago a estudiar fuera de Euskadi para alejarle de los riesgos del entorno.

Sin embargo, al leer *Martutene*, a uno le queda la amarga sensación –que Saizarbitoria analiza con indudable valentía–, de que la renuncia al terrorismo no se produce por la empatía con el dolor de quien mata o quien muere, sino porque deja de ser positivo para la causa.

Lynn abrirá como un escalpelo la vida de Martín y de Abaitua, dejando a la vista los celos, los rencores, el desorden emocional y las fallas sentimentales de cada uno de ellos. Detrás se esconden hombres y mujeres que son hijos de vencedores y vencidos por igual, pero que se saben derrotados ante el desamor. Pilar desciende de un nacionalismo colaboracionista con Franco. Sus padres residían en un pueblo imaginario llamado Ozteta, inmerso en el mundo abertzale y aberrante para quien solo sepa del País Vasco por los medios de comunicación (otro de los asuntos tratados: el de la perversión de la imagen del mundo rural vasco, operada por los medios de comunicación españoles); Abaitua, de un nacionalismo de raigambre tradicional pero de corte liberal, hijo de vencidos en la guerra, que conservaron la belleza de la derrota vistiéndola de dignidad. No era un disfraz, y acabó

convirtiéndose en el mito de la resistencia. Pero los dos ven su vida desmontada ante el advenimiento de Lynn, que carece de raíces, de historia y cuya nación tiene casi los mismos años que el partido. Abaitua, sin embargo, trata de mantener los principios de su honradez: lo vemos respetando la voluntad de esa joven peruana casada con un chico de Sagastizabal, a la que asistirá en un parto domiciliario para que Peru, el niño, nazca como un buen vasco.

Martutene es un barrio donostiarra, pero también es un campo simbólico en el que operan fuerzas de tradición y modernidad. Las novelas de Saizarbitoria generan espacios que en realidad son tiempos. Cien metros es la distancia que logra correr el terrorista antes de ser alcanzado por los disparos de la policía, pero en realidad es el tiempo que le separa de la muerte. Los pasos incontables narra el remanente que deja la vida entre la condena y la ejecución. Martutene es ese tiempo en el que un viejo barrio que fue residencial a principios del siglo xx, es en los albores del xxi también el barrio de la cárcel de los horrores de Rodríguez Galindo.

Esta novela se encardina en una veta excelente de narradores en euskera, algunos de los cuales ven su obra traducida no solo al espa-

ñol sino a muchos otros idiomas. Escritores y escritoras que han abordado el tema de la violencia sin tapujos y con valentía desmitificando el mundo de víctimas y victimarios. Desde Atxaga con *Obabakoak* (1989) o *El hombre solo* (1993), Unai Elorriaga con *Un tranvía en SP* (2003) o Kirmen Uribe con *Bilbao-New York-Bilbao*, cuya traducción al japonés mereció el premio nacional en el país del sol naciente. La recuperación de la memoria histórica ha abierto otro filón, con excelentes novelas como *Cazadores de tigres*, de Aingeru Epaltza (Xórdica, 1999), *Adiós, Euzkadi* de Juan Luis Zabala (Susa, 2000) o *El camino de la oca* (Alberdania, 2008) y *Letargo*, (Alberdania, 2004), de Jokin Muñoz. Estas literaturas mal llamadas «periféricas» han ganado vida desde la constitución del grupo Editores Asociados, al que pertenecen las editoriales La Galera (Cataluña), Galaxia (Galicia), Tàndem (Valencia), Elkar (País Vasco), Llibros del Pexe (Asturias) y Xordica (Aragón). La influencia mutua de estas editoriales y sus libros sobre el mercado español es tan fluida y recíproca como con el resto del planeta. La periferia ya no necesita pasar por el centro para hacerse visible. La narrativa vasca, como la catalana, la aragonesa, la gallega, etc., puede conocer antes una traducción al japonés que al castella-

no. Se han abierto en canal al resto de las literaturas del planeta, y el enriquecimiento es incalculable.

Martutene dibuja una realidad de hombres y mujeres que conviven con los mitos, crecen en ellos y malviven con ellos. Es una metáfora global de la sociedad vasca que en nada se diferencia ya en lo esencial de la del resto del planeta, le pese a quien le pese. En definitiva, los mitos no son sino leyendas explicativas sin base racional que sirven para sostener identidades

que de otro modo se verían abocadas a la extinción, pero como dice Saizarbitoria, uno de los méritos de los vascos es precisamente haberlos hecho verosímiles. Pero a veces los mitos se revuelven contra quien los narra y no contra quien los manipula. El valor de Saizarbitoria reside precisamente en ese trabajo de funambulista: la honestidad de quien narra sin manipular en exceso, lo justo como para comprender que el mundo no es tan sencillo como nos quieren hacer creer de un lado o del otro. ■